

El inventario de las cosas irrompibles

Max Imum

Categoría A - Relato

Hay mañanas en que la claridad de la calle entra como una ceniza fría desparramada contra los cristales. Desde hace seis meses, el mundo perdió para mí su mordedura viva, su sabor a salitre, a madera recién cortada y a pan caliente. Despertar consiste en desenterrar los huesos de una cama empapada de cansancio, arrastrar los pies hasta el lavabo y mirar un rostro en el espejo que se parece al mío solo por costumbre. Mi médico de cabecera lo llamó depresión mayor, pero yo prefiero pensarlo como una niebla baja que se traga los colores y deja las cosas mudas, despojadas de su música secreta.

Paso las jornadas detrás del mostrador de La Esperanza, una modesta tienda de empeños y compraventa en una esquina cercana a las vías del tren. Mi labor consiste en valorar lo que otros ya no pueden retener: relojes de bolsillo sin cuerda, alianzas de noviazgo rotas, cuberterías de alpaca desparejadas. Cuando la niebla me anega el pecho, observo a las personas según la carga invisible que traen entre las manos. Hay clientes que empeñan una sortija y evitan mirarme a la cara; otros traen la guitarra de un hijo y clavan la vista en las baldosas. Yo anoto las cifras en un libro de registro, entrego los billetes doblados y coloco las piezas en las baldas de pino, donde se van cubriendo de polvo.

Doña Carmen apareció un miércoles de llovizna fina. Es una mujer menuda, de pelo blanco recogido en un moño prieto y ojos de pájaro atento. Traía una bolsa de tela de cuadros y una sonrisa tímida, de esas que brotan despacio en los portales cuando arrecia el viento del norte. Se acercó al cristal, sacó un pomo de latón con el brillo desgastado por mil manos y lo colocó con suavidad sobre la bandeja de madera.

—Dígame, hijo —preguntó con una voz suave, parecida al roce de las hojas secas en otoño—, ¿qué valor puede tener esto?

Examiné la pieza con la lupa de aumento. Era un pomo ordinario, de puerta de pasillo, de los que se fabricaban en serie a mediados de siglo. Carecía de tornillos y mostraba una hendidura en la base. En cualquier comercio semejante la habrían rechazado al instante, pero en la mirada de doña Carmen había una insistencia tranquila que me desarmó.

—No tiene valor comercial, señora —le dije con sinceridad—. Es solo latón corriente.

—Mírelo con calma —insistió ella, ladeando la cabeza con ternura—. Ha visto pasar a tres generaciones camino del comedor. Ha guardado secretos de amantes y despedidas de invierno. Algo debe valer una pieza que aguantó tantos portazos sin romperse.

Aquella mañana le entregué cinco monedas sacadas de mi propio bolsillo. Doña Carmen me dio las gracias con una inclinación de cabeza y se marchó despacio, arrastrando sus botines de paño sobre la acera húmeda.

Regresó el viernes siguiente. Esa vez traía un dedal de hojalata abollado en la punta. El lunes posterior trajo una cuchara de zinc doblada por el mango. Cada tres días, a las diez en punto, su figura menuda cruzaba la puerta acristalada. Traía siempre cosas insignificantes: un resorte de reloj de pared que ya no daba las horas, un botón de nácar descolorido, una peonza de madera de boj con la punta roma. Cada vez me hacía la misma pregunta, con esa curiosidad sencilla que tienen los niños y los sabios: «¿Cuánto vale esto hoy, muchacho?». Y yo, que llevaba meses incapaz de hilar tres frases seguidas sin sentir un nudo en la garganta, me descubría a mí mismo buscando explicaciones poéticas, hablándole de las manos que moldearon la madera, de las costureras que cosían a la luz de una vela, de la tenacidad de las cosas sencillas que sobreviven a los naufragios cotidianos.

Sin darme cuenta, doña Carmen se convirtió en el único hilo que me ataba a la vigilia. La niebla seguía allí, fría y constante, pero a las diez menos cuarto yo ya estaba de pie, con un trapo en la mano, esperando el tintineo de la campanilla sobre la puerta.

El colapso llegó el primer lunes de noviembre. La noche anterior apenas pude conciliar el sueño, acorralado por una angustia sin nombre que me oprimía el pecho. Cuando sonó la alarma a las ocho, fui incapaz de mover los brazos. Me sentí como una barca encallada en el fango de la ría. El silencio del piso me cayó encima con dureza. Las horas transcurrieron en una penumbra helada. El aparato telefónico permanecía mudo ya que hacía semanas que había desconectado el timbre para evitar las llamadas de mi hermana Natalia.

A las diez y veinte, haciendo un esfuerzo inmenso, me vestí a oscuras y caminé las cuatro manzanas hasta la tienda. No pretendía abrir la cancela, solo quería recoger las cartas acumuladas y comprobar que todo seguía en orden. Cuando alcan-

cé la esquina, vi la persiana metálica cerrada. Sentada en el escalón de granito, envuelta en una toquilla de lana gris y con su bolsa de cuadros en el regazo, aguardaba doña Carmen.

Tenía la nariz enrojecida por la escarcha y los labios apretados, pero al verme llegar no mostró enojo. Se levantó con lentitud, apoyándose en la pared, y me miró con una intensidad que me conmovió hasta la médula.

—Temí que hoy se te hubieran pegado las sábanas, muchacho —dijo con dulzura.

—Doña Carmen, perdóneme —balbuceé, sintiendo que el llanto me quemaba los párpados tras tantos meses de sequedad—. La tienda está cerrada. Hoy no puedo atenderla. No puedo con mi vida.

La mujer no se apartó del escalón. Abrió la bolsa de cuadros, pero esta vez no sacó ningún cacharro inservible. De su interior extrajo un termo humeante y un envoltorio con dos rebanadas de bizcocho de limón.

—Tu hermana Natalia vino a verme a la mercería hace dos meses —dijo en un susurro, mirándome a los ojos—. Me dijo que su hermano menor se estaba apagando en esta esquina y que nadie lograba hacerlo hablar. Me pidió que buscara un pretexto cualquiera para venir a verte tres mañanas por semana, para obligarte a mirar algo distinto a tu propia sombra.

Me quedé inmóvil, apoyado en el marco de hierro. El viento frío de la mañana me acarició las mejillas. Sentí una punzada de turbación, seguida de una marea tibia que me ensanchó el corazón. Aquellas visitas, aquellas preguntas inocentes sobre pomos y dedos gastados, formaban una balsa de salvamento tejida en silencio por la ternura de mi hermana y la complicidad generosa de una vecina.

—Las cosas que no se quiebran —añadió doña Carmen, ofreciéndome la taza humeante del termo— no son las más caras ni las más recias. Son las que resisten porque alguien decide cuidarlas con paciencia.

Introduje la llave en la cerradura y subí la persiana metálica solo hasta la mitad, lo justo para dejar entrar la claridad del día. No encendí las luces de las vitrinas ni toqué la caja de caudales. Me senté en el umbral junto a doña Carmen, compartiendo el aroma del café caliente con canela y el sabor dulce del limón.

La niebla no se disipó de golpe. Continuaba rondando en las esquinas de mi cabeza, agazapada y gris. Pero, mientras comía el bizcocho y sentía el vapor tibio en la cara, saqué el móvil y le escribí un mensaje a Natalia: «Llámame esta tarde.

Acompáñame a la consulta médica». Luego miré el pomo de latón que doña Carmen había dejado entre mis manos y recordé que todavía quedaban cosas valiosas que aguardaban ser salvadas.